

**Buscamos lo más oficial, pero en el entorno de Barbiana no se ha formado todavía ninguna ortodoxia reconocida, sólo algunas disputas entre alumnos ¡y no pasa nada! El momento más delicado sucedió a menos de tres años tras su muerte: ¿publicamos o no sus cartas y papeles? Decidieron que sí y ahí tenemos, libre, la difícil y apasionante interpretación de sus escritos**

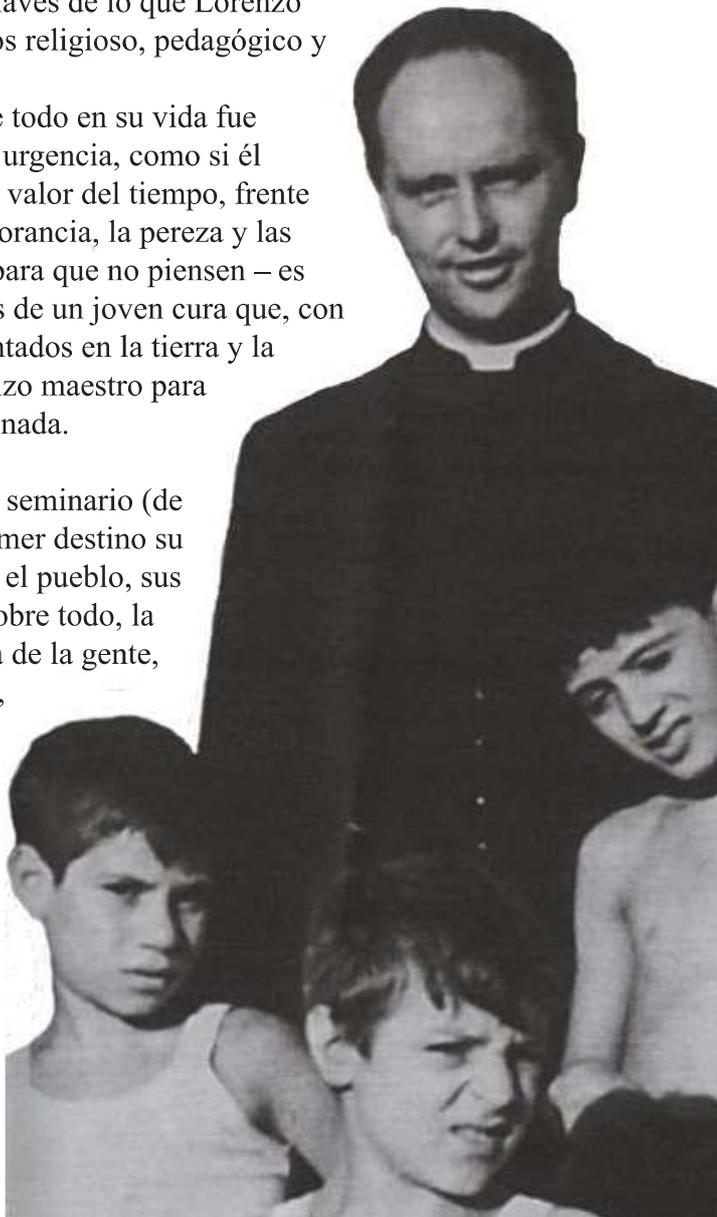
## LA RAÍZ SOCIAL DE MILANI

Alfonso Díez (SA)

Yo no sé bien cuál es el origen del fuerte compromiso social que Milani desarrolló en su corta vida. Es un asunto para los estudiosos e investigadores de su obra. Yo sólo soy un admirador que se ha dejado influir por la lectura de algunos escritos suyos, los más conocidos, y se ha documentado un poco con lo que otros, con más conocimiento de causa, han escrito – y aún escriben – sobre él. Impresiona el fluir inagotable de cartas, artículos, estudios, referencias, traducciones y demás documentos. Y los que vendrán, cuando en 2017 se cumpla medio siglo de su prematura desaparición, a los 44 años. Tiempo ya suficiente para que la perspectiva histórica nos dé mejores claves de lo que Lorenzo Milani significa en los diversos ámbitos religioso, pedagógico y social.

Pero sí me atrevo a afirmar que todo en su vida fue muy rápido e intenso, se diría que con urgencia, como si él presintiera que no tendría tiempo... El valor del tiempo, frente a su desperdicio inmoral – entre la ignorancia, la pereza y las distracciones que alienan a las masas para que no piensen – es fundamental para entender los motivos de un joven cura que, con las ideas muy claras, los pies bien asentados en la tierra y la conciencia adherida a la realidad, se hizo maestro para enseñar de todo sin ser especialista en nada.

Al poco de su conversión y del seminario (de los 20 a los 24 años) empezó en su primer destino su lúcido análisis de la realidad concreta: el pueblo, sus costumbres, tradiciones y valores, y, sobre todo, la constatación de la profunda ignorancia de la gente, que las convertía en personas acríticas, inferiores, resignadas, conformistas y manejables, a merced de los políticos de turno y de los empresarios sin escrúpulos... Y eso, unido a su sentido de la justicia social, le lleva a la necesidad de crear, en las mismas dependencias parroquiales, una escuela de adultos para combatir esas enormes carencias. Nace así la Escuela Popular, no sólo como fin en sí misma, que ya tendría sentido suficiente para proporcionarles o devolverles la lengua, la palabra y su



LO  
OFFICIAL

dignidad; también como medio para su misión evangelizadora. Allí se fue gestando, día a día, noche a noche, su libro capital, *Experiencias Pastorales*, que no se publicaría hasta 1958, ya en Barbiana, y que el Santo Oficio lo retiraría de las librerías tres meses después por “inoportuno”.

En Calenzano estuvo hasta 1954, siete intensos años en los que se ganó el afecto de sus alumnos y feligreses, mientras se había convertido para el clero y las fuerzas vivas en un cura incómodo, que convendría quitarse de encima en cuanto la ocasión se presentara, como la inesperada muerte del párroco, en noviembre de ese año. Y, efectivamente, cual inconfesable destierro y con inusitada rapidez, se le asignó nuevo destino, esta vez ya como párroco, en la parroquia de San Andrés de Barbiana, una aldea de casas perdidas y desperdigadas entre las montañas del Mugello (Vicchio), a 50 km de Florencia, a donde, sin protestar, llegó el 7 de diciembre en condiciones penosas; al día siguiente, como una premonición, adquiere una tumba en el cementerio de Barbiana (donde sería enterrado apenas 13 años después, tras morir el 26 de junio de 1967). Había encontrado su sitio, ese que nadie quería, pobre entre los pobres, y al que él entregó el resto de su vida.

En su infernal aislamiento, sin agua corriente ni luz ni contactos ni carretera, que facilitara el acceso y la comunicación con otras localidades, su conciencia social y su vocación religiosa lejos de debilitarse se acentúan aún más, encuentran mayor justificación y sentido, como quien está seguro de haber alcanzado su meta o de cumplir su propio destino. “Sólo” había que volver a empezar. ¡Casi nada!, aun contando con la rica experiencia de Calenzano.

Hay en Milani una actitud que podría interpretarse como contradictoria: su lucha por “elevar al pobre a un nivel superior. No digo ya a un nivel igual al de la actual clase dirigente. Sino superior: más de hombre, más espiritual, más cristiano, más todo” (EP 172), carece de una total estrategia política. En cierto modo, su coherente apuesta por los últimos es inútil, nada práctica, porque no pretende cambiar el mundo ni sacarlos de su miseria material a través de revoluciones sociales, rebeliones populares o victorias políticas. Lo que contrasta con su carácter pragmático en otros aspectos; él era un hombre y un cura de múltiples recursos intelectuales, culturales, artísticos, pedagógicos, religiosos, sociales, laborales, etc. Tenía mundología y sabía desenvolverse en la vida, relacionarse con la gente sin complejos, al margen de su clase social, encarar los problemas y dificultades y encontrar soluciones. Pero no era nada político ni entendía, o no le interesaban, las estrategias políticas ni el poder; él actuaba según un estricto sentido de la justicia y de la igualdad, entendida ésta – en lo que a las oportunidades se refiere – sin distinciones de ningún tipo y, sobre todo, desde su profunda fe religiosa, que no imponía a nadie.

Lo reflejan muy bien sus *Experiencias Pastorales* o su abundante epistolario con su madre, alumnos, amigos, políticos, empresarios... o sus cartas a los capellanes castrenses, a los jueces y, naturalmente, la *Carta a una maestra*, escrita con sus alumnos de Barbiana. Se trataba de generosidad, de entrega, de “perder o gastar la vida” por una causa grande y noble, para salir ganando, salvando el alma, la propia conciencia. De ahí su vocación objetora. Esa es la clave: “salvarse el alma”, dice, ante uno mismo y ante Dios. Lo demás es secundario y no extraña su advertencia a Pipetta, su joven amigo comunista; en cuanto gane la batalla y se desclase, él volverá con los suyos, los pobres, porque es su deber sacerdotal:

“El día que derribemos juntos las verjas de algún jardín e instalemos juntos la casa de los pobres en el palacete del rico, acuérdate de esto, Pipetta, no te fíes de mí; aquel día te traicionaré. Aquel día no me quedaré allí contigo. Me volveré a tu casucha húmeda y maloliente...” (1950, LPB p 5).

Cosas parecidas, y más dramáticas, se leen en sus 4 artículos recogidos en este *Educar(NOS)*. Demuestran su sensibilidad ante los problemas sociales, siempre atravesada por su fe cristiana, que, por su naturaleza luminosa, utiliza para interpretar la realidad.

